

Apuntes para una historia de la edición en Uruguay: el trabajo pionero y olvidado de Luis Bertrán (Montevideo, 1931)

Notes for a story of the edition in Uruguay:
the pioneering and forgotten work of Luis Bertrán (Montevideo, 1931)

Alejandra Torres Torres*

Resumen: Este artículo aborda la producción de Luis Bertrán a comienzos del siglo XX, en especial en su labor de periodización del quehacer editorial en Uruguay. Se postula que la intención principal de este autor fue revelar los antecedentes más antiguos de la actuación editorial en su país, pudiéndose así proponer una historia capaz de recoger más ampliamente el pasado cultural de Uruguay.

1

Palabras clave: Historia editorial, Uruguay, Ediciones populares, Luis Bertrán

Abstract: This article deals with the production of Luis Bertrán at the beginning of the 20th century, especially in his work of periodizing editorial work in Uruguay. It is postulated that the main intention of this author was to reveal the oldest antecedents of the editorial performance in his country, thus being able to propose a history capable of gathering more widely the cultural past of Uruguay.

Keywords: Editorial history, Uruguay, Popular editions, Luis Bertrán

Recibido: 7 junio 2019 Aceptado: 24 agosto 2019

En 1931, cuando los primeros editores del Uruguay como Antonio Barreiro y Ramos, Orsini Bertani, Vázquez Cores habían llevado adelante sus emprendimientos editoriales, Luis Bertrán publicó en Montevideo una tirada de

* Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericana, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay gabanas@gmail.com



doscientos ejemplares de un pequeño libro editado en la Impresora Uruguay S.A. que tiene por título *Notas para una historia de la producción editorial del país en el primer centenario de su independencia*. Es el primer trabajo que intentó periodizar los antecedentes editoriales de la joven nación del que tengo conocimiento. De circulación reducida, Bertrán plantea que en los festejos del centenario de la independencia se había omitido la merecida mención a los emprendimientos editoriales que en este territorio habían tenido lugar, señalando que “(...) se ha olvidado festejar y enaltecer, como se merecen, los esfuerzos de la producción editorial del país a través de la centuria que acaba de transcurrir” (pág.9). En ese mismo olvido cayó el trabajo de Bertrán.¹ Su escasa repercusión pone en evidencia el lugar que habían ocupado los estudios sobre la edición, el libro y la lectura hasta comienzos del siglo XXI en el Uruguay, ya que si bien en la década del sesenta comenzaron a darse a conocer trabajos mayoritariamente de corte periodístico junto a otros de corte más literario, ninguno de ellos dedica una mención a este documento publicado tres décadas antes.²

Las *Notas para una historia de la producción editorial del país en el primer centenario de su independencia* se orientan hacia la observación de los cambios que se iban produciendo en los modelos de lectura en la sociedad montevideana de esa primera centuria, vinculados a la expansión del mercado editorial local, al lugar que progresivamente iba ocupando el autor nacional y a la configuración de nuevos espacios de difusión para la edición literaria, en los que la librería tuvo un lugar protagónico.

2

El texto y su contexto

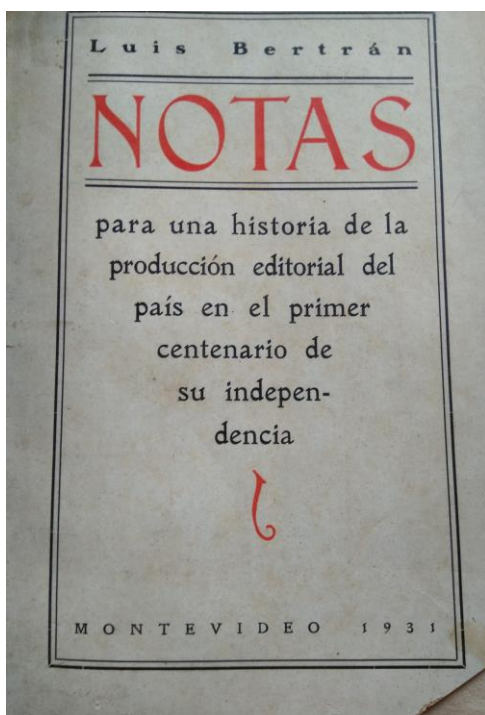
La publicación del texto de Luis Bertrán, en Montevideo, tiene lugar durante la presidencia constitucional de Gabriel Terra (1931-1933). Recientemente habían tenido lugar los festejos por el Centenario de la Independencia, más concretamente entre 1925 y 1930. Se trataba de un Uruguay, al decir de Gerardo Caetano, visto desde afuera (y en gran medida desde adentro), como un “crisol de razas” que aludía a las entonces recientes oleadas de inmigrantes que habían desembarcado en los puertos del Río de la Plata como consecuencia de las secuelas

¹ El hallazgo de este material de apenas cincuenta y dos páginas reviste, a mi juicio, de un enorme valor por considerarse, hasta el momento, el único orientado al relevamiento y descripción de la situación editorial en el país desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la fecha de su publicación, los comienzos de la década del treinta.

² Me refiero a los artículos sobre la expansión editorial escritos por Benito Milla, Hugo García Robles, Ruben Coteló, Ángel Rama, Mario Benedetti y Emir Rodríguez Monegal, fundamentalmente.



de la primera guerra mundial. Quince años atrás (1910), Carlos Maeso había dado a conocer su ensayo titulado “El Uruguay a través de un siglo. La jornada civilizadora realizada en la República Oriental del Uruguay y el brillante porvenir de esta nación americana” en el que afirmaba que en el antiguo territorio de la Banda Oriental “no hay epidemias, no hay fiebre, no hay fieras: la vida se presenta en toda su amplitud (...) y se experimenta en el Uruguay la alegría de vivir”. A ese entusiasmo y optimismo descriptivo se le sumaban apreciaciones como la siguiente: “felizmente en el Uruguay no existen indígenas hace muchísimos años, de modo que no hay que civilizar habitantes”. De manera que, citando nuevamente a Caetano, se trataba de un Uruguay cosmopolita, eurocéntrico (con evidentes trazas de un racismo más que incipiente) y portador de una evidente confianza en el proyecto de nación, un poco más “a la europea” que latinoamericana.



En ese contexto Luis Bertrán va a publicar el 15 de abril de 1931 su trabajo titulado: *Notas para una historia de la producción editorial del país en el primer centenario de su independencia*. Bertrán, periodista, traductor e incipiente editor da a conocer un librito de pequeñas dimensiones en una tirada especial de doscientos ejemplares, hechos en la Imprenta Uruguaya, de la calle Cerrito y Juncal.

De escasas cincuenta y dos páginas y dividido en tres partes, este trabajo de Bertrán tiene como objetivo señalar una ausencia: el olvido, en plenos festejos del centenario, de la reciente, pero, no por eso, menos importante labor editorial en la joven nación. Claramente,

en el primer párrafo del texto en cuestión da cuentas de la razón que lo motiva:

“No censuro a nadie personalmente ni a ningún organismo en particular o en general: me limito a señalar la omisión -que desde mi punto de vista conceptúo grave- y trato de subsanarla ahora, después de haber esperado a que otros, más autorizados quizá, lo hiciesen” (Bertrán, 1931-9).

Probablemente Bertrán se refiera al hecho de que cada uno de los tres apartados que conforman este pequeño libro habían sido publicados (con algunas modificaciones de estilo) con anterioridad como artículos periodísticos en el diario *Imparcial*, de Montevideo en las fechas que al final de cada apartado se dan a conocer: 12 de febrero, 21 de febrero y 7 de marzo de 1931, respectivamente. Poco

después de un mes de publicado el último de los tres artículos, Bertrán lleva adelante la impresión de los doscientos ejemplares a los que me referí anteriormente con la intención de darle otra circulación a su trabajo.

La preocupación de Bertrán podría resumirse en el siguiente comentario contenido en la primera página del primero de los tres apartados, luego de señalar lo necesario y relevante de esos festejos nacionales, merecidos y, atinados, además, nota que “(...) se ha olvidado festejar y enaltecer, como se merecen, los esfuerzos de producción editorial del país a través de la centuria que acaba de transcurrir” (Bertrán, 1931-9).

En términos más o menos generales podríamos decir que en cada uno de los apartados se abordan los siguientes aspectos:

a.- en el primero, tras una definición de la actividad de editar, el autor realiza una panorámica dedicada exclusivamente al siglo XIX dando cuenta de las publicaciones hechas en el territorio nacional durante ese período y su circulación.

b.- el segundo apartado está dedicado a las primeras tres décadas del siglo veinte transcurridas hasta el momento en el que se publicó este trabajo, poniendo en relieve el concepto de “libro popular”.

c.- el tercer y último apartado está dedicado a la figura del editor y a las distintas consideraciones que Bertrán toma en cuenta para esbozar una definición.

4

Breve panorámica de la edición en el Uruguay

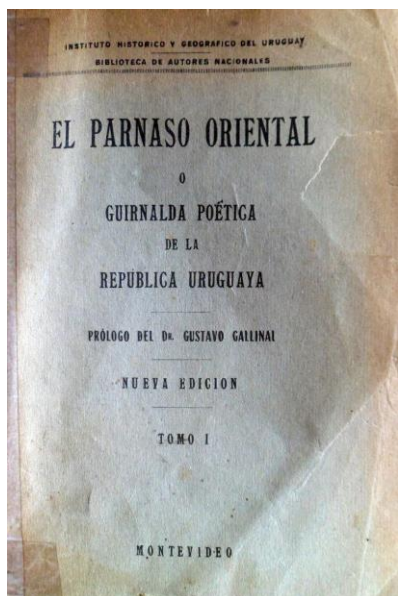
Si nos remontamos a los tiempos en los que la nación estaba en ciernes, la primera publicación que tuvo lugar en la antigua Banda Oriental fue el periódico inglés *The Southern Star* (*La Estrella del Sur*). El historiador Dardo Estrada, en 1912, en el prólogo a su trabajo titulado *Historia y bibliografía de la Imprenta en Montevideo* señala que no es este el antecedente que debería considerarse como fundacional y afirma que fue la imprenta *La Carlota* (al servicio de los intereses españoles en nuestro territorio), por estar más vinculada al pasado histórico de esta nación, es la que, según Bertrán, debió ser considerada como punto de partida de las prácticas impresas en el Uruguay.³ En octubre de 1815 se conoció la publicación del prospecto del *Periódico Oriental*, a cargo del Doctor Mateo José. Vidal, dando cuenta, por otra parte, de los primeros catones, cartillas y hojas sueltas conteniendo que

³El nombre *La Carlota* respondía al origen de la imprenta: la princesa Carlota Joaquina de Borbón, esposa de Juan VI de Portugal y hermana de Fernando VII, rey de España, luego de refugiarse en Brasil tras la invasión napoleónica, más concretamente en Río de Janeiro, envió la imprenta a Montevideo a los efectos de servirse de ella para el apoyo de la causa monárquica. Tuvo una vida útil de cuatro años y el 24 de febrero de 1815 fue llevada a Buenos Aires (Bertrán L. pp. 12-13).



contenían canciones patrióticas. Seguramente, “los primeros libros” impresos en el territorio nacional, como señala Bertrán (Bertrán, 1931-13).

Considerada la primera publicación literaria del país, veinte años después, en 1835, se publicó en dos tomos el *Parnaso Oriental o Guirnalda Poética de la República Uruguaya*, primera colección de poesía del país publicada en la Imprenta Oriental San Fernando II. El primer ejemplar constaba de doscientas noventa páginas en un formato 9x16 cm. La calidad del papel podría ser parangonable al conocido como “papel de diario”. Todas las composiciones iban acompañadas de viñetas y remates artísticos que implicaron el uso de grabados en acero, lo que pone en evidencia una creciente preocupación estética en la edición. Dos años después, en 1837, se publicó el tercer tomo, en el que se utilizaron tipos más modernos y mejor calidad en el papel. La impresión y distribución de esta obra se hacía a través del sistema de suscripciones y la lista correspondiente iba inserta al final de cada uno de los tomos. En términos generales esta publicación colectiva no escapaba a esas características, los libros que empezaban a imprimirse en el país daban continuidad a las líneas editoriales del viejo continente.



Sin embargo, tuvieron que pasar más de sesenta años para poder hablar de la presencia del editor y de las consecuencias culturales de su intervención. En los albores del siglo XX y producto de los avances y desafíos de la modernidad, Antonio Barreiro y Ramos (Laracha, A Coruña, 1851 – Montevideo, 1916) será el primer editor que, como tal, se va a perfilar en el incipiente estado-nación, orientando su negocio editorial hacia la publicación, distribución y comercialización de libros en el Montevideo de entre siglos. En 1871 Barreiro fundó la Librería Nacional, primero como un pequeño negocio de venta de libros para luego, en 1876, ampliar el emprendimiento con un sector dedicado a la edición y especialmente preocupado por el arte de editar libros (Guedes Marrero, 2017). El contexto histórico resultó por demás favorable a este proyecto, no solo por la incidencia de la reforma varelana en la producción y circulación de impresos (proliferación de manuales escolares, cartillas, etc.), sino también por la necesidad de consolidar y perfilar la naturaleza e identidad de la joven nación uruguaya.⁴

⁴Se conoce como “reforma varelana” a la reforma de la enseñanza pública iniciada por José Pedro Varela en 1876, teniendo como eje principal la defensa de la escuela laica, gratuita y obligatoria.



Casi una década después de la llegada de Antonio Barreiro y Ramos a Montevideo, otro inmigrante coruñés procedente de Ferrol, inició su trabajo editorial fuertemente vinculado a la reforma vareliana: Francisco Vázquez Cores (Ferrol, 1848 - Montevideo, 1914). Maestro de profesión, Vázquez Cores fue colaborador de la reforma vareliana al igual que los gallegos Manuel G. Álvez y Genaro Joaquín Calvo. Como señala Carmen Luna Sellés en la semblanza que le dedica a este editor en el portal EDI-RED, inicia su labor editorial con la fundación de la Librería Universal, a la que convierte, al igual que Barreiro a su Librería Nacional, en un lugar de encuentro de intelectuales de la época. Bertrán no se detiene en estas apreciaciones. Apenas nombra a Barreiro y Ramos y pasa a centrar su atención en Orsini Bertani y en Claudio García, como señalaré más adelante.

En los albores del siglo XX, coexistió con la labor editorial de Barreiro y Ramos y de Vázquez Cores la presencia del inmigrante italiano Orsini Bertani (Florencia, 1869 - Montevideo, 1939), quien llegó a Montevideo a mediados de 1902 luego de una cadena de exilios causada por su adscripción al movimiento anarquista. Al igual que Barreiro y Ramos y Vázquez Cores, Bertani se estableció en lo que hoy conocemos como la Ciudad Vieja, zona comercial y de reunión de distintos grupos de intelectuales que se nucleaban en torno a los cafés más emblemáticos de aquel entonces: el Tupí Nambá, el Polo Bamba y el Café Moka. Allí estableció su local, la Librería Moderna y comenzó a editar a gran parte de los integrantes de la llamada "Generación del 900'" (Delmira Agustini, José Enrique Rodó, Roberto de las Carreras, Álvaro Armando Vasseur, Julio Herrera y Reissig, Ernesto Herrera, Carlos Roxlo y Javier de Viana, por mencionar algunos) bajo el sello O. M. Bertani Ediciones. En Bertani se aunaron la preocupación por el cuidado de las ediciones a la necesidad de la búsqueda de precios accesibles para un público que, si bien no era masivo, comenzaba a expandirse a partir del creciente número de inmigrantes que arribaban al territorio nacional. Considerado por Bertrán como el primer impulsor del libro popular en el Uruguay, el editor y librero italiano se preocupó por hacer circular ediciones económicas tanto de autores nacionales como extranjeros, al módico precio de tres centavos el ejemplar (Bertrán, 1931-21).

Pocos años antes de la llegada de Orsini Bertani, a fines del siglo XIX, el arribo de dos inmigrantes de origen gallego, procedentes de Vigo, Pontevedra, los hermanos Maximino y Claudio García (Vigo, 1874 - Montevideo, 1949) va a incorporar al panorama editorial antes mencionado dos nuevos emprendimientos, que con sus diferencias, van a insertarse en el mercado de venta de libros que tenía como epicentro a la Ciudad Vieja. Claudio García, el menor de los dos, llega con quince años a Montevideo en 1889. Pocos años después se instalaría en un modesto puesto de compra y venta de libros en las cercanías de la antigua Universidad,



frente al Puerto. Maximino y Claudio llevaron adelante proyectos semejantes, pero en algún punto, necesariamente distintos. El primero, al frente del sello Editorial Facultad; el segundo, con La Bolsa de los libros, orientándose en ocasiones hacia públicos variados y colocando sus intereses en distintos aspectos de la edición. El continuador de Bertani en su preocupación por la edición de libros populares al alcance de un público mayor, fue Claudio García, solo que sin el cuidado estético de los ejemplares manifestado por el editor italiano. Será a Claudio García y a su labor sostenida como editor, ya más que notoria en aquellos comienzos de la década del treinta, a quien Bertrán le va a dedicar una atención especial en el trabajo que nos ocupa, centrándose en dos aspectos: la edición literaria y las colecciones de libros populares.⁵

Primera parte: qué significa “editar”

El primer apartado del trabajo de Bertrán se propone como un espacio para deslindar las diferencias entre “editar” y “publicar”: “Publicar no significa más que hacer pública una cosa, ya sea por el diario, por la revista, por el grabado, etc. Distribuir la entre el público, hacerla llegar convenientemente a éste, elegir el autor, la obra y la imprenta: he ahí lo que es editar” (Bertrán, 1931-10).⁶ Su preocupación por el proceso de distribución y, antes que eso, por la por la naturaleza del libro y su posible pertenencia a un determinado catálogo, dan cuenta de una mirada al proceso y a los distintos actores que participan del mismo. Asimismo, este apartado introductorio se propone como una instancia de presentación de los primeros impresos relevantes de un territorio que todavía tenía fronteras difusas.

Necesariamente, Bertrán se remite a las primeras ediciones en el Río de la Plata, más específicamente en lo que se llamó la Banda Oriental. En el primer cuatrimestre de 1816 solo hubo noticias de haberse impreso “...varias cartillas, catones y algunas canciones patrióticas en hojas sueltas” (Bertrán, 1931-13). Rémoras, seguramente, del primer sitio a la ciudad de Montevideo, entre mayo y octubre de 1811. Para Bertrán esas cartillas y catones fueron los primeros “libros” que se imprimieron en el país, cuando todavía el país no era tal y formaba parte, todavía, de las Provincias Unidas. Anterior a esta publicación, con fecha 16 de noviembre de 1810, Bertrán, retomando a Dardo Estrada, menciona lo que según este autor podría considerarse el primer folleto, titulado “Reflexiones de un verdadero Español dirigidas a los individuos y amigos de la Junta Provisional del

⁵Segunda parte, páginas 21 a 32.

⁶Por otra parte, 1816 fue el último año de existencia de la Banda Oriental como tal. A partir de 1817 y hasta 1825 se establece la Cisplatina, que llegará a su fin con la Convención Preliminar de Paz del 27 de agosto de 1828.



Gobierno de Buenos Aires”, impreso en la Imprenta de la Ciudad de Montevideo en la fecha antes mencionada y firmada por El Español Americano. Este trabajo está disponible en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.⁷ Para la categorización de “folleto” Bertrán tiene en cuenta la costumbre española de definirlo como toda publicación que contenga cincuenta páginas, aproximadamente.

Por otra parte, en este primer apartado, Bertrán da cuenta del objetivo de su trabajo, más interesado en dar cuenta de una ausencia que en completar, sistemáticamente, ese vacío. Lo suyo es un intento de reflexión sobre una carencia, señalando también que la historia de la edición en el Uruguay no solo ha sido desatendida sino también, soslayada. Comenta sobre este punto en particular:

“Estamos pues, punto menos que en completa oscuridad. Además, no nos hemos propuesto aquí, lo repetimos una vez más, hacer la historia detallada de la producción librera del país en aquellas épocas. Como resumen o dato de carácter general, creemos que pueden bastar los rasgos anotados” (Bertrán, 1931-15).

Esta primera parte del trabajo de Bertrán es deudora de la publicación de Dardo Estrada publicada en 1912, titulada *Historia y Bibliografía de la imprenta en Montevideo. 1810 - 1865*. Bertrán, retomando a Estrada comenta en detalle las características de la primera edición del Parnaso Oriental, impreso en “un pésimo papel que hoy llamaríamos «de diario» y con un tipo viejo...” (Bertrán, 1931-16).

El primer texto contenido en el *Parnaso Oriental* es la comedia en tres actos de Carlos G. Villademoros titulada “Los Treinta y Tres”, aludiendo a la llamada “Cruzada libertadora” que tuvo lugar el 19 de abril de 1825 con el desembarco de los designados “Treinta y Tres orientales” en la playa de la Agraciada (antigua “Graseada”), en el departamento litoraleño de Soriano.⁸ Cada una de las composiciones poéticas contenidas en los tres tomos iban acompañadas de viñetas y remates artísticos que, como señala Bertrán, debieron de ser grabados en acero. Estas características sumadas a su distribución previo sistema de suscripción podrían ubicar al Parnaso Oriental dentro de las ediciones de semi-lujo. Como era costumbre, la lista de suscriptores aparecía publicada al final de cada volumen. En el caso de estas listas, curiosamente, los suscriptores habían sido ordenados alfabéticamente por sus patronímicos y no por sus apellidos.

⁷Bertrán toma la referencia del trabajo de Dardo Estrada titulado *Historia y Bibliografía de la imprenta en Montevideo. 1810 - 1865*, publicado en 1912.

⁸Las versiones encontradas sobre la procedencia de la totalidad de los hombres que participaron del desembarco, su procedencia y, sobre todo, la alusión al grado máximo de la masonería por contigüidad a la presencia de Manuel Oribe en el grupo, serían parte de otro trabajo.



Este primer apartado se cierra con la salvedad de que “...para los fines someros de este modesto ensayo, ya no nos interesan mucho otros detalles posteriores. Podremos resumirlos diciendo que las obras que se imprimían en el país, por su tipo editorial, seguían las líneas generales de la producción europea” (Bertrán, 1931-17).

Segunda parte: los inicios de la edición moderna

En este segundo apartado se presenta lo que podría considerarse a nuestro criterio medular en el trabajo de Bertrán: la mención a la aparición de la figura del editor y las primeras colecciones populares a comienzos del siglo XX, en Montevideo. Comienza esta segunda parte con una especificación a propósito de lo que el autor considera una edición popular:

“Antiguamente se entendía por «libro popular» al libro que pasaba de mano llevado por la fama, y cualquiera que fuese su precio. Después este concepto se ha transformado para no referirse más que al libro barato. La «popularidad», entonces, se busca a posteriori.” (Bertrán, 1931-21).



Al considerar a Antonio Barreiro y Ramos más como un industrial que como un editor, si bien recuerda la importancia que tuvo en el entre siglos y en las primeras dos décadas del siglo XX la llamada “Casa Barreiro” (conocida como la Librería Nacional), para Bertrán el primer editor moderno con el que va a contar la joven república va a ser el inmigrante italiano Orsini Bertani. Será también el precursor de las ediciones populares con su apuesta a circulación de

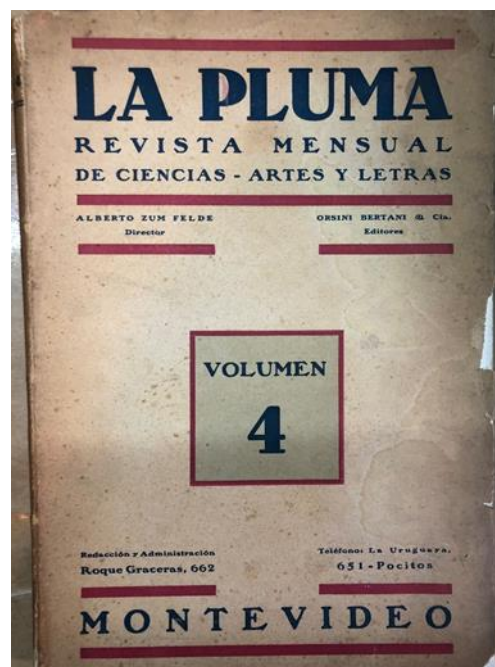
una variedad de libros tanto de autores nacionales como extranjeros, pero más que nada nacionales, en ediciones de bajo costo que posibilitaran su venta a precios más que económicos: 0, 30 centavos el ejemplar.

La recepción de los trabajos editados por Orsini Bertani no fue la esperada. El editor italiano en no pocas ocasiones se hizo cargo de los costos de algunos de los títulos más resonados del 900' literario, como fueron los casos de las publicaciones de Ernesto Herrera y de Florencio Sánchez, dos de los más destacados dramaturgos del período y, en su momento, simpatizantes ambos del movimiento anarquista, al igual que Bertani. Era frecuente que editara a pérdida, tan solo para poblar la vidriera de su conocida “Librería Moderna”, conocido lugar de encuentro literario en la actual Ciudad Vieja, a pocas cuadras de la Plaza Matriz y, fundamentalmente, para impulsar la producción literaria de ese entonces, más como compromiso militante que como proyecto económico. Ese sentido

filantrópico de la edición se menciona en el trabajo de Fernando Pintos sobre imprentas del Uruguay, quien comenta que, al igual que los responsables de la llamada “Imprenta Artística” de Dornaleche y Reyes (fundada en 1889), Orsini Bertani, en los albores del siglo XX, al contar con sus propios talleres tipográficos llevó adelante esta política editorial considerando de capital importancia imprimir “...libros de autores jóvenes, a los cuales permiten salir a la consideración pública”.⁹ De todos los emprendimientos editoriales de Orsini Bertani la publicación de la revista literaria *La Pluma* (1927 - 1931), fue sin lugar a dudas la “aventura editorial”, al decir de Bertrán, que mayor esfuerzo concitó, considerándola digna de “un esfuerzo editorial gigantesco”. Dirigida por Alberto Zum Felde y editada por Bertani, *La Pluma: ciencia, artes y letras* fue una revista renovadora e inscripta dentro de la estética de las vanguardias de los años veinte¹⁰.

El continuador indiscutible del proyecto editorial de Bertani fue Claudio García y así lo señala Bertrán en su trabajo. Cuando el editor italiano estaba dedicado a la atención de su casa de comidas económicas ubicada en el centro de la capital uruguaya, el menor de los García, Claudio, hacía su pasaje de su puesto ambulante de venta de libros ubicado en las cercanías del Puerto de Montevideo a su propia librería. Algunos de los libros remanentes de la antigua Librería Moderna, de Bertani, pasaron a poblar los anaqueles del negocio de García:

“Bertani, pues, echó la semilla de las ediciones populares. Y algunos de sus frutos, que ya se iban cargando de polvo en sendas pilas, pasaron a manos de Claudio García, el de «La Bolsa de los Libros» que es para mí el que más sabe de libros en el Uruguay y también el que más los lee, al



10

⁹Pintos, Fernando. La imprenta en el Uruguay. Cuaderno de Estudio 9, Escuela de Periodismo del Círculo de la Prensa, Montevideo, 1982.

¹⁰En el primer número de la revista se da a conocer el programa de edición: “Aparece La Pluma con el propósito de realizar - en cuanto sea factible y dentro de las condiciones de la hora - la aspiración, siempre activa y nunca satisfecha, de afirmar, sobre las dificultades económicas del medio y por sobre la indiferencia de la mayoría, la existencia de una revista puramente intelectual cuyas páginas sean, a la vez que un exponente amplio de la mentalidad nacional en los planos de las letras, de la ciencia y del arte, un órgano que refleje el movimiento intelectual del mundo en todas aquellas facetas que interesen positivamente al desarrollo de nuestra cultura.”

revés de otros libreros y editores que teniendo más libros los leen menos” (Bertrán, 1931-22).

La contemporaneidad del emprendimiento editorial de Claudio García con el trabajo de Luis Bertrán queda de manifiesto no solo por considerarlo el editor más importante de aquel entonces, que, por otra parte, sin dudas lo era, sino principalmente por la posibilidad de relevar los alcances de su proyecto en el momento en el que escribe esta reivindicación de la labor editorial en este margen del Plata desde la publicación del primer texto literario, en 1835, hasta la primera mitad de 1931, año de publicación del trabajo que nos ocupa.

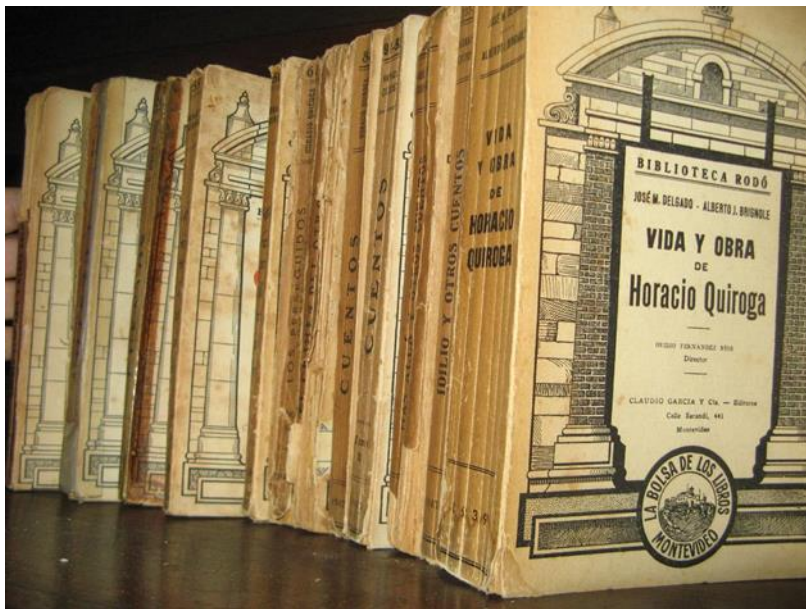
Claudio García, nacido en la parroquia de San Pedro de Matamá (Vigo, Pontevedra) en 1878, llegó a Montevideo el 1894, junto con el arosuano Julio Camba. Carlos Zubillaga también se refiere a García como el librero y editor de más fama en el Uruguay, comentando lo siguiente:

“A su importante aporte a la difusión de los autores nacionales unió un anecdotario inextinguible sobre su carácter (...). García inició sus actividades de librero en un rincón del edificio que ocupaba la Universidad (el ex Hotel Nacional) en la calle Cerrito, encarando la compra-venta de libros usados. Desplazándose a diversos locales, siempre en la cercanía del bullir estudiantil, protagonizó incidentes reiterados con su joven clientela, a la que solía meter en vereda cuando estimaba que el jolgorio alteraba la calma del negocio” (Zubillaga, 1999-142).

Interesa observar, no obstante, que el primer autor que da cuenta de la labor editorial de los hermanos García es Luis Bertrán, en la publicación ya mencionada de 1931, período prolífico en la edición de las colecciones editadas bajo el sello La Bolsa de los Libros, con el emblemático grabado con la imagen de la Fortaleza del Cerro de Montevideo, una especie de atalaya cultural en un tiempo promisorio; sin embargo, desde el punto de vista estético, las ediciones eran bastante simples y poco atractivas visualmente. Señala Bertrán que “(...) el libro popular creado aquí por Bertani, pasado luego a manos de Claudio García, puede decirse que ha pasado a otra vida. Han sido dos esfuerzos notables, sobre todo el segundo, y han sido también dos amargas realidades” (Bertrán, 1931-23). La mención a las “amargas realidades” está asociada a la labor tanto del editor italiano como a la del gallego: el propósito era abaratar costos de edición posibilitando una mayor circulación del libro en manos de los potenciales lectores que la reforma vareliana había generado, y continuaba haciéndolo, desde sus comienzos; no obstante, más allá de que los ejemplares se ofertaran a precios muy módicos, en reiteradas ocasiones el tiraje excedía la posibilidad de distribución de los libros y estos permanecían demasiado tiempo en los anaqueles esperando su comercialización y pasando finalmente a engrosar las filas de los saldos, para luego ser ofertados a un precio muy por debajo de los costos, inclusive.

No obstante, al considerar a Orsini Bertani como el precursor de los libros populares en el Uruguay, Bertrán está olvidando el antecedente de Antonio Barreiro y Ramos, quien en 1893 comenzó a editar en sus talleres una colección de libros de pequeño formato en octavo menor que llevaba por título “Biblioteca Popular de Historia Nacional”. El objetivo era que este conjunto de libros, llegaran a los sectores de menor poder adquisitivo, entre los que probablemente se encontrarán los recientes inmigrantes llegados a Montevideo en la última década del XIX. Otro aspecto a destacar es que se tratara de una colección sobre Historia Nacional, orientada a la reafirmación del concepto de estado nación en un contexto marcadamente heterogéneo en lo social y en lo cultural.

A comienzos de la década del diez del siglo pasado, Claudio García pasó a fundar dos librerías de prestigio que llegaron inclusive a coexistir. Entre los



primeros títulos publicados por este editor se destaca en 1915 la publicación de *Florilegio*, de Amado Nervo, con una semblanza escrita por Rubén Darío. La segunda década del siglo XX fue bastante prolífica para García: en 1918 publicó *El libro de las Rimas*, de Carlos Roxlo y *Bocetos y brochazos*, del Licenciado Peralta (seudónimo de

12

Domingo González), un conjunto de crónicas policiales y políticas; en 1919, los *Poemas*, de Edgard Allan Poe, con prólogo de Rubén Darío; en 1921 *El Jardinero. Poemas de amor y vida*, de Rabindranath Tagore; en 1922 *La tragedia cotidiana*, de Mauricio Maeterlinck y en 1923 *Páginas dispersas* (obra póstuma) de Rafael Barret, entre otros.

Considerando el contexto socio cultural de comienzos del siglo veinte en el Río de la Plata y tomando en cuenta la existencia de ese nuevo público y sus características, el emprendimiento editorial de mayores dimensiones de Claudio García fue, sin lugar a dudas, la colección titulada Biblioteca Rodó, dirigida por Ovidio Fernández Río, en evidente homenaje a José Enrique Rodó. Bertrán señala la importancia del mismo al finalizar el segundo apartado de su trabajo: “Por lo

demás, la permanencia de La Bolsa de los Libros a través de tantos y tantos años como cuenta de existencia, dice bien a las claras el esfuerzo que en sí misma significa.” (Bertrán, 1931-23)

Otro de los aspectos que toma en consideración Bertrán en su trabajo es la importancia de la existencia de pequeños locales de edición y venta de libros que, más que librerías, eran fundamentalmente, talleres e imprentas. Aclara, por otra parte, que no le interesan las tendencias de la literatura moderna. Como contrapartida, se va a referir a la edición literaria en tanto proceso, considerando a los distintos actores implicados, pero poniendo el énfasis en la figura del editor, a quien le dedicará el último apartado de su trabajo.¹¹

Tercera parte: la importancia de la figura del editor

Desde el principio del último apartado de su trabajo, haciendo uso del recurso de la ironía, Bertrán se va a referir a la importancia de la controvertida figura del editor como engranaje fundamental y determinante de todo el proceso de la creación, distribución y difusión del libro, tal como él lo concebía en aquellos comienzos de los años treinta: “Me pongo a escribir este artículo temblando...voy a hablar del editor...! Lo que es más terrible, ¡voy a hablar bien...!

Debo ser o muy audaz o muy ignorante. Cuando un ciudadano de la República de las Letras habla entre sus compatriotas del Editor, ha de ser para vestir a este con toda clase de improperios, pues de lo contrario lo menos que le van a llamar es «carnero». ¡Dios me tenga en sus manos!”

Deslindando toda consideración que ponga en tela de juicio la honestidad de esta profesión, Bertrán caracteriza al editor moderno como aquel que con la debida cautela de no editar más de lo que podría llegar a venderse, nunca pone en duda la potencial genialidad de los autores. No obstante, entiende que la edición es un negocio como cualquier otro. Negocio que, por otra parte, requiere de la presencia de un editor con algunas características imprescindibles, ya que para

¹¹Sobre el final del segundo apartado, Bertrán hace algunas consideraciones a propósito de las ediciones de lujo y de semi-lujo, así como también refiere a los casos de algunos de los ilustradores más destacados de los años veinte y treinta en el Uruguay (Rafael Barradas, Federico Lanau, entre otros) que vincularon sus trabajos al de algunas imprentas y talleres gráficos, como es el caso de la casa Arduino Hnos. y de la renovación en encuadernación que llevó adelante Maximino García, creador de un nuevo tipo de encuadernación atendiendo los gustos más exigentes del público. Maximino García fue, en el Uruguay de aquel entonces, el primero que había intentado llevar adelante la edición de lujo, editando en papel biblia 300 ejemplares de las obras poéticas de Delmira Agustini, con especial cuidado en la ornamentación y en la encuadernación. Finalmente, cierra este segundo apartado refiriéndose al trabajo de Manuel de Castro y sus encuadernaciones en cuero repujado.



tener éxito en esta labor “...se necesita ser muy culto, muy audaz y muy prudente. Tres condiciones que es muy difícil hallar reunidas en una sola persona” (Bertrán, 1931-40).

Sin dejar de lado aspectos como la importancia de la distribución, el problema de la traducción, sus costos y consideraciones legales, así como también la profesionalización del escritor, la situación del editor como “cliente” de las imprentas, el uso de las llamadas “casas administradoras” como intermediarias con el potencial lector, e incluso, la tan temida ruina del editor, Bertrán concluirá su trabajo con dos consideraciones que apuntan a una reflexión ulterior:

- 1.- la incidencia del editor en la creación de un canon literario nacional.
- 2.- El lugar del Estado en los procesos de edición. Su presencia y su ausencia.

Algunas consideraciones generales

El pasado febrero del corriente año, en un proceso de búsqueda orientado hacia las ediciones de poesía de los años sesenta (tema que me ocupa desde hace ya algunos años y que, por otra parte, es el objetivo de mi tesis doctoral) encontré este trabajo de Luis Bertrán que se constituye como el primer intento de periodización de los antecedentes editoriales la que fuera entonces una joven nación: el Uruguay. En mi conocimiento actual, este sería el primer trabajo de estas características publicado en el Uruguay pese a que su reducida circulación hay contribuido a que quedara relegado a un evidente olvido. Su escasa repercusión da cuentas del lugar que habían ocupado los estudios sobre la historia de la edición, el libro y la lectura hasta los primeros años del siglo XXI, si bien durante los años sesenta y como consecuencia del “boom editorial” (expresión utilizada por Carlos Maggi, integrante de la generación del 45’ en su conocido trabajo titulado “Sociedad y literatura en el presente”, publicado por *Capítulo Oriental* en 1968), la preocupación por las ediciones nacionales ganó un terreno inusitado en el campo cultural de aquel entonces.

Si bien el propósito de Bertrán era contar, a futuro, con el tiempo necesario para poder escribir “(...) el libro amplio y detallado que exigen los esfuerzos verdaderamente notables que el país ha llevado a cabo en este aspecto importantísimo de sus actividades.”, hasta el momento, y a pesar de haber llevado adelante una sostenida búsqueda, no he podido encontrar ese trabajo mayor al que Bertrán aspiraba (Bertrán, 1931 - 8). Es muy probable que esa intención no haya cristalizado. Sin embargo, el hallazgo de este material de apenas cincuenta y dos páginas reviste, a mi juicio, de un enorme valor por considerarse, hasta el momento, el único orientado al relevamiento y descripción de la situación editorial

en el país desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la fecha de su publicación, los comienzos de la década del treinta. Si bien en la década del sesenta comenzaron a darse a conocer trabajos mayoritariamente de corte periodístico (me refiero a los artículos sobre la expansión editorial de Hugo García Robles, Benito Milla y Rubén Coteló) junto a otros de corte marcadamente literario que tenían como centro de interés los aspectos de mayor relieve del proceso de selección, creación y divulgación del material impreso, observamos que se trataba siempre de un análisis de la situación coyuntural con escasa retrospectiva, más allá de la percepción que tenían de la situación editorial del país los integrantes de la generación del '45, entre ellos Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y Mario Benedetti. Estos nombres aparecen estrechamente relacionados con el fenómeno editorial y sus implicancias, orientados hacia la observación de los cambios que se iban produciendo en los modelos de lectura en la sociedad montevideana de aquel entonces y, por consiguiente, relacionados con la expansión del mercado editorial local, con el lugar que pasó a ocupar el autor nacional y con la configuración de nuevos espacios de difusión para la edición literaria.¹²

Releer esos aportes en relación con el temprano aporte de Bertrán a los estudios de la edición y del libro propone la revisión y amplificación de algunas categorías, como la que resulta de capital interés y que, por otra parte, conecta con la preocupación de los integrantes de la generación del 45' y los posteriores actores de los 60': el lugar del editor, su condición de gestor cultural y su incidencia en el campo cultural. Con el énfasis puesto en la edición literaria, el trabajo de Bertrán, visto a la luz de los actuales estudios sobre la edición en el Uruguay invita a revisar el protagonismo del editor en la construcción de un canon literario de carácter nacional y regional, sin soslayar su contribución a la memoria.

15

Bibliografía

Benedetti, Mario. "Existe escasez de revistas literarias" *La Mañana*, Montevideo, 6 de febrero de 1961.

Beretta Curi, Alcides. "Empresariado industrial y construcción de la nación", en 1811-2011, Bicentenario del Uruguay, disponible en <http://www.1811-2011.edu.uy/B1/content/empresariado-industrial-y-construcci%C3%B3n-de-la-naci%C3%B3n-18751900?page=show> (recuperado en enero de 2019).

¹²Ninguno de los autores mencionados, hasta donde he relevado información, menciona el trabajo de Luis Bertrán, que en los sesenta ya tenía tres décadas de publicado. Interesa destacar esto porque el citado trabajo considera aspectos que no habían sido retomados en posteriores escritos relacionados con la edición en el Uruguay.



Bertrán, Luis. *Notas para una historia de la producción editorial del país en el primer centenario de su independencia*. Impresora Uruguaya S.A., Montevideo, 1931.

Caetano, Gerardo. *Los uruguayos del Centenario. Ciudadanía, nación, religión, educación*. Montevideo, Taurus, 2000.

Calasso, Roberto. *La marca del editor*. Editorial Anagrama, Colección Argumentos, Barcelona, 2014.

Estrada, Dardo. *Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo*. Montevideo, 1912.

García Robles, Hugo. "La aventura del libro en el Río de la Plata", *Temas*, Año I, N° 1, abril-mayo de 1965.

Luna Sellés, Carmen. *Semblanza de Vázquez Cores*. Edi Red (inédita).

Maeso, Carlos. *El Uruguay a través de un siglo. La jornada civilizadora realizada en la República Oriental del Uruguay y el brillante porvenir de esta nación americana*. Montevideo, Medina, 1910.

Maggi, Carlos. "Sociedad y Literatura en el presente". *Capítulo Oriental* N° 3, Montevideo, Centro Editor de América Latina, 1968.

Milla, Benito. "Resurge la Literatura Uruguaya" *Acción*, 31 de octubre de 1961.

Pintos, Fernando. *La imprenta en el Uruguay*. Cuaderno de Estudio 9, Escuela de Periodismo del Círculo de la Prensa, Montevideo, 1982.

Rama, Ángel. *La generación crítica*. Montevideo, Arca, 1972.

Revista *La Pluma: ciencias, artes y letras*. Año 1, No. 1, Montevideo, Florensa, agosto de 1927.

Rodríguez Monegal, Emir. *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo, Alfa, 1966.

Speroni Vener, Julio. "Las ediciones furtivas de Claudio García", en *Revista de la Biblioteca Nacional* No. 26, Montevideo, diciembre de 1989.

Torres Torres, Alejandra. *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*. Montevideo, Editorial Yaugurú, 2012.

Zubillaga, Carlos. "Editores gallegos en el Uruguay", en *Madrygal*, Revista de Estudios Gallegos, No. 2, 1999.